

XXXIV Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Solemnidad. Jesucristo, Rey del Universo, Ciclo C

LECTURAS:

PRIMERA

2 Samuel 5,1-3

Vinieron todas las tribus de Israel donde David a Hebrón y le dijeron: "Mira: hueso tuyo y carne tuya somos nosotros. Ya de antes, cuando Saúl era nuestro rey, eras tú el que dirigías las entradas y salidas de Israel. Yahveh te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel". Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel donde el rey, a Hebrón. El rey David hizo un pacto con ellos en Hebrón, en presencia de Yahveh, y ungieron a David como rey de Israel.

SEGUNDA

Colosenses 1,12-20

Gracias al Padre que les ha hecho aptos para participar en la herencia de los santos en la luz. El nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados. El es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue creado por él y para él, él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en él su consistencia. El es también la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: El es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en él toda la Plenitud, y reconciliar por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos.

EVANGELIO

Marcos 11,9-10

Los que iban delante y los que le seguían, gritaban: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David! ¡Hosanna = en las alturas!"

HOMILÍA:

Al tener que usar palabras humanas para referirnos a algo que trasciende completamente lo que pertenece a la tierra, nos vemos obligados a usar de la imaginación.

Mientras estemos en este mundo ni siquiera podríamos imaginar lo que verdaderamente es eso que llamamos el Reino de Dios. Pero al menos podemos tener una idea aunque sea lejana.

Y es que Jesús lo dijo claramente: "Mi Reino no es de este mundo" (Juan 18,36).

En ningún momento quiso El ser rey en la tierra. Hizo todo lo posible para evitar que gente exaltada al ver sus milagros lo proclamase como tal.

Así nos dice Juan que, después de haber multiplicado cinco panes y dos peces con los que alimentó a una multitud de varios miles, al ver la gente la señal que había realizado, decía: "Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo". Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo" (6,14-15).

El no había venido para reinar en este mundo, sino para abrirnos a todos la posibilidad de una salvación eterna, allá donde El reina junto al Padre y el Espíritu Santo.

San Pablo nos lo dice en la segunda lectura: "Demos gracias a Dios Padre, el cual nos ha hecho capaces de participar en la herencia de su pueblo santo, en el reino de la luz. El nos ha liberado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo amado, por cuya sangre recibimos la redención, el perdón de los pecados".

De modo que la venida de la Segunda Persona de la Trinidad a la tierra fue decisión común de las Tres. El Padre envía, el Hijo actúa, el Espíritu Santo completa su obra.

Jesús realiza la redención de la forma más inaudita que el hombre pudiera concebir. Si hay algo que tememos es el sufrimiento y la muerte. Y El sufrió y murió por nosotros, para con su muerte darnos a todos la posibilidad de ser parte de su Reino.

Esto nos demuestra el respeto que Dios tiene por nuestra libertad. El no nos impone la salvación. No quiere que lo amemos en forma obligada, a la fuerza, sino que deja que cada uno de nosotros tome su propia decisión.

El Reino de Cristo no es como los de la tierra. La absoluta mayoría de los reyes que han reinado han sido malos para sus pueblos.

El mismo Jesús no tenía una buena opinión de ellos, tanto que cuando sus discípulos se pusieron a discutir sobre cuál de ellos tenía derecho a los primeros puestos, en el supuesto reinado que El había de instaurar en la tierra, Jesús les advierte con estas palabras: "Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores" (Lucas 22,25).

Luego les diré cómo deben comportarse los que quieran pertenecer a su Reino: "...pero no así ustedes, sino que el mayor entre ustedes sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de ustedes como el que sirve. Ustedes son los que han perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para ustedes, como mi Padre lo dispuso para mí, para que coman y beban a mi mesa en mi Reino y se sienten sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Idem 22,26-30).

Por el Bautismo comenzamos a pertenecer a ese nuevo Reino que Jesús inauguró como una Nueva Alianza entre Dios y su pueblo. Es como si ese día hubiésemos recibido nuestra Carta de Ciudadanía, de la que debemos sentirnos sanamente orgullosos.

Pero no olvidemos que tenemos que demostrar que somos dignos de ese tremendo regalo que costó la sangre de Cristo. Hemos de poner en práctica sus consignas de amor y servicio. De lo contrario perderemos el derecho de entrar para siempre a disfrutar nuestra ciudadanía celestial.

Qué distinto sería el mundo si todos los seres humanos comprendieran que sólo podemos salvarnos viviendo en la tierra como si ya estuviésemos en el cielo.

Pero si nos empeñamos en ser falsamente felices a costa de los demás, demostraríamos que el Reino que Jesús nos ofrece no nos interesa para nada.

Decía san Agustín: "Aquel que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Frente al futuro tenemos una grave responsabilidad. La salvación se nos regala, pero depende de nosotros el recibirla.

Jesús quiere que todos se salven, pero no va a obligar a nadie a aceptar las condiciones de pertenecer a su Reino.

Seguir a Jesús es una decisión personal que nadie puede tomar por nosotros. Cada uno tiene que responder por sí mismo. Sólo Dios sabrá juzgar el esfuerzo de cada quién.

El ya hizo su parte. El nos creó y nos ofrece su amor de Padre. El nos quiere a todos en su Casa. Ese es el Reino, donde todos viviremos felices como hermanos, si hemos sabido ser hermanos los unos de los otros aquí en la tierra.

Padre Arnaldo Bazan